

Pervivencia y renovación de una tradición...*

Teresa del Conde

En 1980 el Instituto Nacional de Bellas Artes en la Ciudad de México inauguró la Sección Anual de Invitados del Salón Nacional de Artes Plásticas. El Salón anual del INBA, con diferentes secciones artísticas, era una importante oportunidad para creadores jóvenes y consagrados de mostrar su producción. La sección de invitados se dedicaba, por lo general, a homenajear a artistas ya reconocidos. Ese año, el salón se dedicó a cinco artistas: Guillermo Meza, Luis Nishizawa, Carlos Orozco Romero, Francisco Zúñiga y Fernando Castro Pacheco. Se trataba de un reconocimiento a la que, quizás, era la última generación de la Escuela Mexicana de Pintura. El catálogo dedicado a esta exposición se acompañó de un estudio de Teresa del Conde que se ocupaba de los cinco expositores. Extraigo de este ensayo las páginas dedicadas a Castro Pacheco (LARC).

La obra de Fernando Castro Pacheco no obedece a una evolución en sentido lineal. Desde los inicios de su trayectoria hasta la fecha, se ha caracterizado por hacer del diseño del color los puntos básicos de sus búsquedas artísticas, de tal manera que aun y cuando una gran parte de sus obras (las murales desde luego, así como también varias series de grabados) son "representacionales" en la medida en que transmiten con claridad un contenido preciso; pero este ocupa un lugar secundario en

el contexto general de su obra, si se tiene en cuenta que su atención se encuentra dirigida fundamentalmente a la percepción y al análisis de problemas formales y de colorismos.

En su Autorretrato de 1965, el artista entrega la imagen que tiene de sí mismo a través de una modalidad derivada del retrato clásico. La figura está cortada a la altura de los hombros; la pincelada, suelta y vigorosa, recuerda el proceder posimpresionista. El cuadro revela a un hombre de mediana edad, con los rasgos

* Teresa del Conde, "Pervivencia y renovación de una tradición a través de la obra de cinco artistas, en la sección anual de invitados", en el catálogo *Salón Nacional de Artes Plásticas. Sección Anual de Invitados 1980*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1980, pp. 19-22.

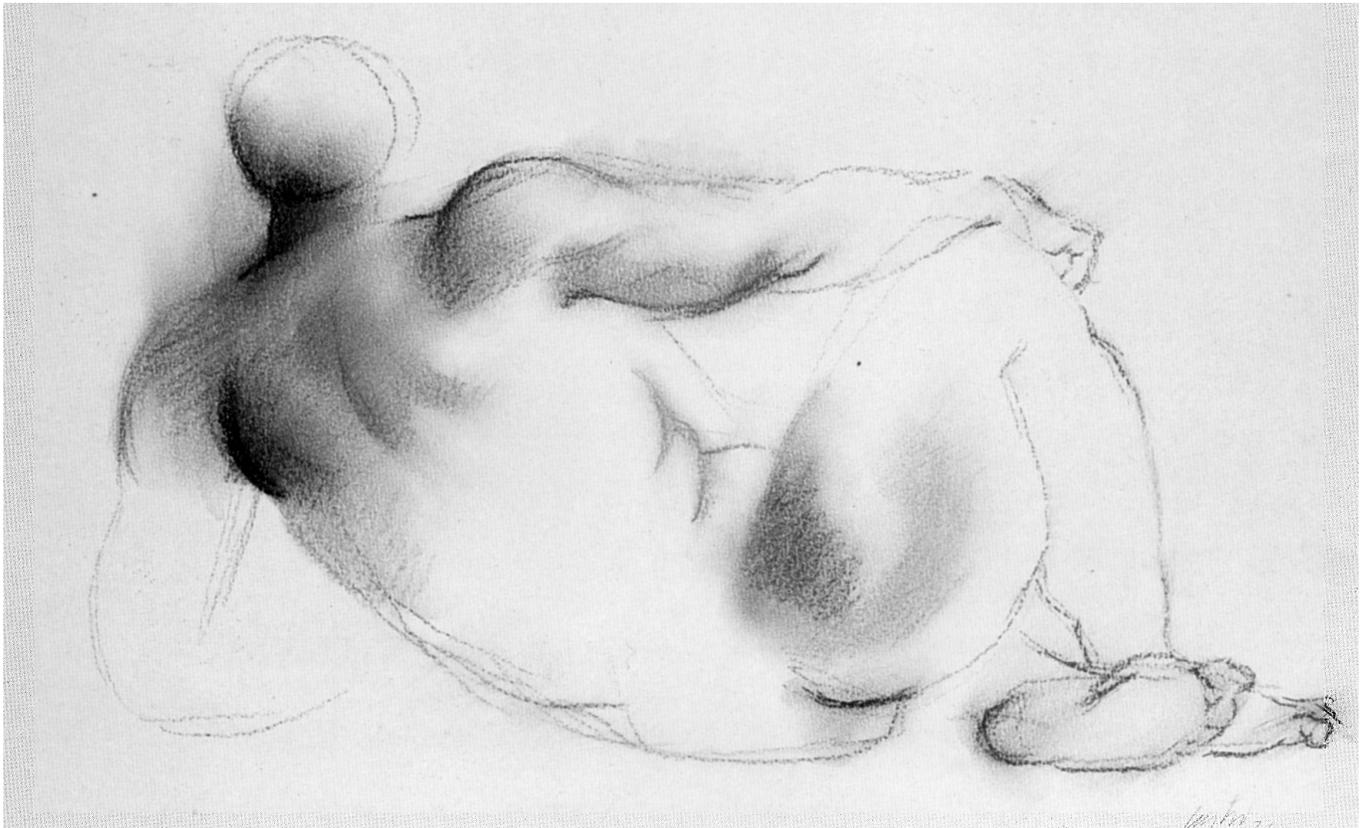
Teresa del Conde (1938-2017)
Crítica e historiadora del arte, autora de 16 libros y coautora de 40 más, así como de numerosos artículos. Fue directora del museo de Arte Moderno de México e investigadora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

proporcionados propios del mestizo bien parecido: ojos oscuros, almendrados, de mirada inquisitiva, boca de trazo firme y a la vez algo sensual, sin asomo de dureza —se diría que es una boca apta para sonreír—, pelo lacio y nariz que en mucho recuerda la que reproduce en sus perfiles: no es propiamente una nariz maya, que constituye un prototipo tan definido como la del perfil griego, pero hay algo en los planos de ese rostro que hace pensar en el lugar de origen del sujeto autorretratado: Yucatán. En esta pintura el artista no hizo concesión alguna a elementos pintorescos, menos aún simbólicos. Se trata de una composición escueta, trabajada con maestría y penetración. El

atuendo mismo habla de cotidianidad e inmediatez.

El hombre que nos ve desde ese cuadro-ventana porta una chamarra que deja entrever parte de la camisa. Muy probablemente esta obra fue pintada en México y la vestimenta obedece a las condiciones climáticas de esta ciudad. El fondo tampoco presenta elementos connotativos, se encuentra acuciosamente trabajado, conformando un área lisa. Castro Pacheco, nacido en Mérida en 1918, tuvo una educación plástica rigurosa, se diría que académica. Siempre ha sido un excelente dibujante y grabador, destacando sobre todo en la xilografía y en el grabado a punta seca, técnica esta última

Sin título, 1976
 Dibujo, pastel sobre cartulina
 29.5 x 45 cm
 Colección particular
 Firmado: a.i.d. (Castro 76)





que encuentra un magnífico ejemplo en su serie de mujeres entregadas a sencillos menesteres —como asear a una criatura, por ejemplo— en las que la estructura y el movimiento constituyen el puntal de cada una de las composiciones.

Alguna vez el artista hizo la siguiente observación: "el dibujo es la armazón, la estructura sobre la que después, si las incursiones son felices, se ata el ropaje del color". Este ropaje del que habla puede llegar a ser vivo y deslumbrante y ayudar a conformar volúmenes, mediante la oposición de reverberaciones claras con tonalidades oscuras. En cambio, en otros casos no se circunscribe a la forma, sino que existe independientemente de esta, casi de manera accidental o subordinada, ya que es el dibujo únicamente el que contiene en sí las anotaciones de densidad, volumen, flexión y movimiento.

Castro Pacheco ha analizado la figura humana, sobre todo la de la mujer, en todas las fases de su carrera artística. Si ideal femenino es probable que derive de un arquetipo materno, evidenciado en el espléndido retrato (s.f.) que hizo de su madre. En este sentido, no parece ser casual que sus homenajes a la maternidad ocupen un porcentaje elevado de su producción. Un cuadro especialmente logrado que obedece a este tema es el de la mujer vista de espaldas, cargando a un niño, representada

en el acto de llegar a la cima de una escalera que la conduce a un espacio luminoso e indefinido en cuyo centro hay una irradiación de luz. Tal parece que esa mujer-madre, por el hecho de serlo, va a la gloria.

Hay un tipo femenino que repite con predilección, del cual derivan todos, aunque, desde luego, presentando variantes: se trata de una mujer de perfil altivo, cuello largo, cabeza chica, rasgos indígenas idealizados y piel dorada. Los senos son generosos y las formas del cuerpo han sido propositivamente ampliadas (monumentalizadas, se diría), para producir la impresión de solidez y fecundidad. Respecto a este prototipo, existe un paralelo entre la conformación corporal que Castro Pacheco imprime a sus mujeres y la que reiteradamente ha propuesto Francisco Zúñiga; lo que no tiene nada de extraño, ambos se han inspirado en las mismas fuentes y estas se encuentran en el sureste de México.

El henequén ha sido elemento de vida y también de muerte para el campesino yucateco. Castro Pacheco se ha sentido presa de esta condición contradictoria. En un grabado de 1948, las hojas lisas, definidas y punzantes de la planta trinchán a un hombre que yace inerte, crucificado entre ellas. Poco tiempo más tarde el diseño de este grabado fue transportado a la tela, dando lugar a uno de los más impresionantes cuadros

de tema crítico en el contexto de la obra de este pintor. Por cierto, existen reminiscencias de José Clemente Orozco, tanto en la manera sintética y agresiva con que se pinta la planta, como en el trazo brioso que priva en la imagen del hombre.

Castro Pacheco ha destacado, asimismo, en la pintura de paisaje, manifestando fundamentalmente dos tendencias: una en la que sigue la tradición impresionista, rica en color, pródiga en luz y movimiento, y otra en la que el paisaje se compone de pocos elementos, compensados, meditamente estructurados, de acuerdo con la perspectiva geométrica, en la que pone de relieve líneas de fuga y disposición de los cuerpos.

En un buen número de grabados, dibujos y pinturas, Castro Pacheco ha propuesto composiciones que se alejan de la rememoración directa de los objetos. Sin embargo, sus derivaciones de lo figurativo a lo abstracto deben verse no en relación con una "moda" o con un mero juego estilístico, sino como resultado lógico de una incesante investigación acerca de los elementos formales que componen seres humanos, paisajes, naturalezas muertas o creaciones artísticas—como son las configuraciones de las estelas y los monumentos arquitectónicos de la cultura maya—. En todos los casos, el dibujo constituye la definición neta y precisa en que se apoyan estas composiciones. 

El butaque, 1984
Dibujo a lápiz de color
40.5 x 60.5 cm
Colección particular
Firmado: a.i.d. (Castro)

